



Alamy

Los jardines Majorelle: entre la vegetación de Marrakech

Marrakech: el romanticismo era esto

Texto: Anabel Vázquez (@AnabelVazquez)

Marrakech es lo más cerca que podemos viajar para sentirnos lejos. Esto es lo que buscamos en una escapada romántica, o que aspire a serlo. También cielos en los que las estrellas se vean más de lo normal y más velas de las que se encienden un día normal (o incluso en un sábado). En todo viaje en pareja buscamos el estímulo de lo nuevo y la calma que da lo reconocible. Y miles de sensaciones para compartir. Marrakech ofrece todo. Estos son algunos planes infalibles para un fin de semana à deux.

Publicado el 15.03.2017

## PASEAR ENTRE AZUL, VERDE Y AMARILLO

De acuerdo, esperábais algo más original. No hay necesidad de serlo a toda costa. Pretender ser originales todo el tiempo es de *millennials*. Muchas veces, lo mejor es lo más obvio. Visitar el Jardín Majorelle lo es. También es memorable, y eso es lo que buscamos en un plan romántico. Es imposible no encontrar placer en caminar entre los cactus y plantas de este

jardín, una de las atracciones más visitadas de Marrakech. Este lugar es un punto de encuentro entre el encanto árabe con el Art déco y el resultado es algo muy singular.

Recomendamos realizar la visita a primera hora o al última y hacerlo sin prisa, respirando el verde de la vegetación y viendo los juegos de colores. Este jardín y sus edificios son una creación del artista Jacques Majorelle (el creador del color azul cobalto que lleva su nombre), que lo diseñó en los años 20. Yves Saint Laurent y Pierre Bergé, vecinos, lo compraron en 1980 y lo recuperaron; desde entonces, lo invade un halo de *allure*. Tomaremos un té en su jardín y compraremos una postal con un corazón diseñado por el gran Yves. Por cierto, no hay que salir sin presentar los respetos en su tumba. Eso también es romántico.



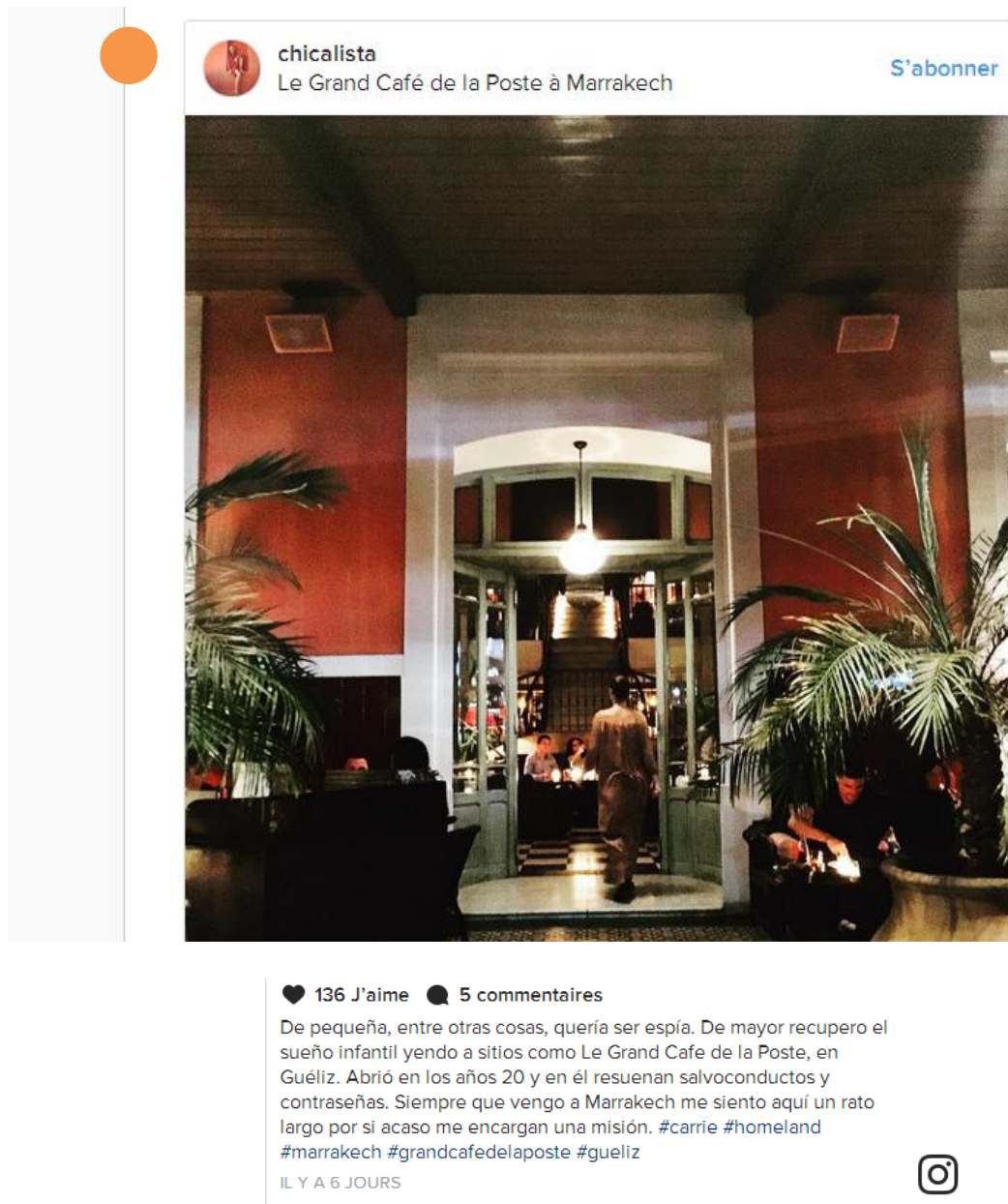
Alamy

Los jardines Majorelle

## REVIVIR *EL PACIENTE INGLÉS*

O una novela de John Le Carré o cualquier historia de entreguerras en un país de calor asfixiante. O incluso *Casablanca*. Todos esos relatos resuenan en nuestra cabeza cuando cruzamos la puerta de Le Grand Café de la Poste. Lleva aquí, en Guéliz, desde los años 20, la época del Protectorado Francés. Entonces, ya era lugar de ocio y de reunión y, nos gusta pensar, de espías y romances más o menos clandestinos. En 2005 fue renovado por unos nuevos dueños franceses, pero, tranquilos, conserva su aire de café colonial, su suelo de damero, ventiladores en el techo y una gran escalera central desde cuya cima se divisa todo el ambiente. Aunque es bonito a todas horas, durante el día se pueden apreciar todos los detalles

de la decoración. El menú baila entre Marruecos y Francia. Hoy, Le Grand Café de la Poste sigue siendo lugar de reunión de expatriados y gentes que dejan traslucir vidas interesantes, quizás más interesantes que las nuestras.



## PASAR UN DÍA EN LA MAMOUNIA

Suena a *boutade*, pero todo el mundo debería hacerlo alguna vez. Los médicos del alma deberían recetarlos en situaciones de desgana o tristeza. Suena a *boutade* y quizás lo sea, pero La Mamounia es uno de esos lugares que generan recuerdos para toda una vida. Para disfrutar de este hotel, un monumento nacional, no hace falta dormir en él. Para eso, para abrirlo y que sea un lugar vivo, existen pases de día que permiten absorber el *mamounismo*, una religión laica, universal y muy cosmopolita. El *Season Pass* (1500 dirhams), incluye un masaje relajante o un *hammam* tradicional y un almuerzo en el restaurante italiano o el francés, más el acceso a las piscinas, los jardines, las pistas de tenis y el gym.



 Mamounia

Adopta el Mamounismo, una religión universal

Decimos las piscinas como si fueran simples piscinas. No lo son: el interior es una de las más fotografiadas del mundo y la exterior, el eje de la vida social del hotel. Allí, bajo las palmeras, siempre con su capacidad de transportar a otro lugar mejor, es posible pasar horas sin mirar la pantalla del móvil. Además, la luz es tan cegadora que aunque quisieras no podrías. También hablamos de los jardines como si fueran una sucesión de árboles. Son mucho más que eso y no por su tamaño, aunque ocupen ocho hectáreas, sino por su valor botánico y su poso histórico. Los jardines de La Mamounia son un acto de amor; fueron el regalo de bodas del rey Sidi Mohamed Ben Abdallah a su hijo, al Príncipe Al Mamoun en el siglo XVII. Para estar así de hermosos solo han necesitado dos siglos. Su camino central de olivos gigantes (hay doscientos, en total) es obligatorio, pero también sus limoneros, jacarandas, buganvillas, ágaves, chumberas, cactus... todos con su fiesta de colores y aromas. Puede que pasear por estos jardines al atardecer sea lo más romántico de todo lo romántico que podemos hacer en Marrakech.



Los jardines de la Mamounia

Mamounia

## PASEAR POR LA KASBAH

Solo la palabra kasbah ya resulta sexy. Kas-bah. Suena a huidas y a escondites. Esta zona se olvida con frecuencia a favor del zoco y del corazón de la Medina. Es más tranquila (todo lo que puede serlo) que la Medina y está cargada, aún más, de densidad histórica. Una kasbah es una fortificación; también un ejemplo de arquitectura defensiva local. En ella hay callejuelas con pequeños comercios, desde farmacias a tiendas de artesanía. Durante el día hay puestos de frutas (que huelen desde lejos) y recovecos varios que se prestan a muchas fotos. Aquí están las Tumbas Saadíes (siglo XV) donde reposan los restos de los sultanes saadíes. Esta es una visita importante y, aunque pueda parecer que visitar estas tumbas descubiertas en 1917 no es un acto romántico, lo es. La arquitectura es majestuosa e invita al paseo silencioso. La Kasbah, en un viaje a dos, se presta a ser recorrida de la mano.



Dejad que el impulso gué vuestros pasos por la kasbah

Alamy

## VISITAR UN JARDÍN SECRETO

Los jardines nos vuelven sentimentales y soñadores y, qué es el romanticismo si no eso. Una visita a Le Jardin Secret nos impregna de la cultura y la historia de Marrakech. Puede que te pierdas al encontrarlo pero es parte del encanto. Está en la zona de Mouassine, en la entrada de la medina de Bab Doukkala. Puedes pasar por la puerta y no darte cuenta de que detrás de ella se esconde esta joya. Eso es un rasgo común de esta arquitectura: todo transcurre en el interior.

Esta construcción data del siglo XVI y fue reconstruida en el XIX. Hace unos meses se abrió al público por primera vez en su historia. Ahora se pueden visitar los dos *riads* que lo

componen y sus respectivos jardines, uno islámico y otro exótico. También cuenta con una torre a la que, por supuesto, subiremos a sentirnos vigías. Hay pocas torres así en la ciudad. Le Jardin Secret es interesante, en primer lugar, porque es hermoso y, en segundo, porque mantiene intacta una estructura arquitectónica e hidráulica muy antigua. Este jardín nos interesa porque lo han rehabilitado con un gusto exquisito. También porque permite respirar de la densidad de la Medina. De paso, nos enseña mucho del pasado de la ciudad y también del presente.

## PASAR UNA NOCHE EN UNA VILLA FRENTE AL ATLAS

Si no has fantaseado con algo así es porque no has hecho algo así. Una vez en la vida (o en el lustro, o al año) hay que considerar la opción de hacerse un tributo a uno mismo. Dormir en el Mandarin Oriental de Marrakech puede ser ese autoregalo. Este hotel, el primero del sello Mandarin en Africa, abrió en 2015 con la expectación lógica. Se instalaba en Marrakech uno de los hoteles apóstoles del lujo y el bienestar y lo hacía en una ciudad donde la competencia hotelera es salvaje. Y donde de lujo y bienestar saben mucho. El reto era enorme, así que la diferenciación debía serlo también.

Mandarin ha elegido situarse fuera del Palmeral o el Hivernage, zonas preferidas por otros grandes hoteles. Está en un terreno de 20 hectáreas, a diez minutos de la Medina. Tiene espacio, mucho verde y agua omnipresente en todo el resort, porque esto es un resort del que no es necesario salir. Su apuesta es en tres direcciones. En primer lugar se organiza en torno a 56 villas y tres suites. Estas villas, decoradas como todo el hotel por el dúo Gilles&Bossier son muy contemporáneas y se alejan de los códigos marroquíes fáciles. Aquí los colores son blancos, beige y grises y los toques *folk*, los justos. Estas villas son para un público viajado que ya conoce bien Marrakech. La decoración no es enfática y se agradece. Las villas más espectaculares son las que cuentan con piscina privada y organizan toda la vida en torno a esa piscina. Sería un error no permanecer todas las horas posibles en esta villa.

La otra apuesta del Mandarin es la gastronomía. Han traído a la ciudad la cocina asiática de Hakkasan. Ling Ling, que así se llama el restaurante, se ha convertido en uno de los más deseados y reservados de Marrakech. Comer cocina de este nivel mirando al Atlas es un buen recuerdo garantizado. Y, por último, Mandarin ha apostado por algo que hace muy bien: el bienestar. Su spa, exquisito, usa elementos y materiales de la arquitectura local, como el ladrillo, los clarooscuros o las claraboyas de manera casi, casi espiritual. Si nos hemos concedido el homenaje de alojarnos en el Mandarin Oriental no deberíamos perdernos nada. La Medina puede esperar. Incluso hasta el siguiente viaje.



La terraza Ling Ling del Mandarin Oriental de Marrakech

Mandarin Oriental

### ARTE, ARTEFACTOS Y AMOR

Aprender junto a una persona querida es algo muy excitante. Visitar museos y exposiciones implica comentarios a la hora de la cena y estímulos comunes. Por eso, un viaje a Marrakech también los incluye. Podemos visitar la Maison de la Photographie, un centro en la zona de Mouassine dedicado a la fotografía de la historia de la ciudad. Un lugar encantador, también en la Medina, es el Musée de L'Art de Vivre. Fundado por un perfumista es un proyecto familiar y humilde, pero que cuenta, mejor que muchos más rimbombantes, cómo es el arte de vivir de los marroquíes. Una opción extramuros y más centrada en el arte contemporáneo es la Galerie 103. Está en la primera planta de un edificio de Guéliz y nos permite catar la escena artística de la ciudad.





Maison de la Photographie,

Alamy

### CENA BAJO LAS ESTRELLAS

Aquí no hay contaminación lumínica, así que las noches son una fiesta y nos convierten a todos en astrónomos. Por eso, en todo viaje a dos hay que incluir una cena al aire libre. Cualquier restaurante las ofrece, pero a nosotros no nos sirve nunca cualquiera. La Sultana está escondida en la Kashbah. Es un hotel señero formado por cinco riads y muy conocido por su spa. Sin embargo, pocos saben que aquí se come rico, fresco y bajo las estrellas. En su terraza cuenta con un restaurante desde donde se escucha al muacín sin perder intimidad. Sus brochetas de pescado y sus platos de verdura son estupendos. Todo (las velas, las estrellas, el vino loca...) invita los susurros. Por el camino, además nos podremos colar para ver los interiores de los riads, con sus muebles traídos de todo el mundo y sus preciosos centros de flores y hacer toneladas de fotos.



La Sultana: parada imprescindible

Alamy

#### ELEGIR UN PERFUME PARA COMPARTIR

Asociar cada viaje a una fragancia es un ejercicio recomendable. Marrakech es un lugar muy sensorial, donde te envuelve el aroma a agua de rosa, dátil o especias. La tradición perfumista está muy arraigada. Es el lugar para elegir un nuevo perfume que siempre nos recuerde a la ciudad. Para eso iremos a la Héritage Berbère, junto al Jardin Majorelle. Fundada en 2008 por Marie-Jeanne Combredet, de origen marroquí y formada en Grasse vende perfumes, perfumes para el hogar y velas creadas por ella a partir de aromas locales. Querremos que nosotros y nuestras casas, a la vuelta, huelan a azahar, a ámbar o a higo. Elijamos una fragancia para compartir y añadamos más sensaciones al viaje.



El aroma de Marrakech en un frasco

Héritage Berbère

## DORMIR EN UN RIAD

En alguno de nuestros viajes a Marrakech habrá que hacerlo. Es como ir al Caribe y no dormir una siesta en una hamaca. Esto es más romántico, que es lo que venimos buscando. Un riad es una casa (más o menos potente) sin ventanas al exterior, todo transcurre de puertas para adentro. Está articulada en torno a un patio o jardín a donde dan todas las estancias. Hay decenas de riads convertidos en hoteles, la mayoría por alemanes, franceses e ingleses; los riads tradicionales están en la Medina. Dormir en esta zona es toda una experiencia. Cuesta encontrarlos y están camuflados en medio del laberinto de callejuelas, pero una vez que se abre la puerta, también se abre otro mundo.

El rango de precio de los riads es amplio (siempre hay uno que se ajusta a lo que buscamos). Algunos interesantes (desde 75€ la habitación doble) son Riad Niza, Riad Up, o Villa des Orangiers. Un riad ofrece desayunos largos al aire libre, atardeceres en la terraza y decorados como para no querer salir al caos alegre de la Medina. Muchos ofrecen hammam (no podemos regresar sin tomar uno) e incluso tienda. Le Jardin Secret (no confundir con el jardín) es un riad que tiene una *concept store* con productos artesanales muy bien elegidos. Un riad particular es el Riad Priscilla, que ofrece un programa de residencias de artistas, Red'A, y funciona como espacio expositivo y de intercambio. A un riad siempre se quiere volver. A Marrakech también, aunque sea con el corazón roto.

